



EUSKAL-ERRIA

EL VERANEO EN SAN JUAN DE LUZ

San Juan de Luz, 10 de Septiembre de 1895.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Mi querido amigo: Aún no hace un año que escribí á usted desde este mismo punto dándole cuenta de las fiestas euskaras, de feliz recordación, que aquí se celebraron. Todavía me parece que oigo á *bersolaris* é *irrintzilaris*, la gaita nabarra, nuestro típico tamboril, y suenan en mi oído los cantos suletinos, aquellos de quienes dije á usted entonces que eran tristes como la luz del astro que inspiró al gran Beethoven su célebre sonata. ¡Que haya de ser triste todo lo bello! Pero aquello pasó, se alejaron fugaces los hermosos y alegres días que la memoria se complace en recordar, y como hoy no tengo, por desgracia, fiestas bascas que reseñarle, me tendré que contentar con decirle algo de lo que por *Donibane* hacemos en esta época febril del veraneo, época en la que el enfermo busca salud, el fatigado descanso,

el ligero diversiones mundanas, y todos esparcimiento y solaz. Por la mañana se toma el baño, por la tarde se excursiona, por la noche suelen los bañistas sabios respirar la fresca brisa del mar sobre la arena de la playa, tan fresca como blanda; y si es jueves ó domingo, ¡oh, entonces es cosa seria! se asiste al *bal champêtre* de la plaza donde bailan, ya que estamos á las puertas de España, el saleroso *fandango*, encanto de veraneantes de por ahí arriba. Nadie se está quieto. Los miembros que el pasado invierno ha entumecido, se estiran ahora que es un contento. El corazón olvida sus cuitas, si las tiene; ruedan mil velocípedos por esas calles haciendo sonar sus molestos cuernos; hasta las mujeres montan en estos chismes á los que tengo alguna mala voluntad, lo confieso. ¡Cuánto vamos progresando!

Saint Jean de Luz petit Paris,
Bayonne son écurie.

Perdóneme la gentil Bayona, á quien mucho conozco y quiero, que en un momento de entusiasmo por su antigua casi rival haya recordado el viejo dicho.

Hace pocos días era la tarde serena y radiante; el sol descendía al ocaso con la majestad de siempre, brillante y ardoroso; el cielo estaba azul como los mantos de las vírgenes de nuestros altares; la mar algo picada por motivos que ella se sabría. Me propuse pasear hasta Socoa. ¿No conoce usted este camino? Pues hágase cuenta de que no conoce nada bueno. Después de pasar el puente sobre el Nivelles, volviendo á la derecha, se atraviesa una larga calle del vecino pueblo de Ciburu, calle en la que abundan las casas de puro estilo basco, blancas como palomas, con sus correspondientes terraditos cuajados de flores que embalsaman el ambiente y recrean la vista. En una de esas casas he vivido yo muchos veranos. Casi la baña el mar; y cuando hace algunos años se enfadaba su señoría, solía llegar á salpicarla de espuma. Hoy la fiera se ha civilizado mucho. Se contenta con hacerle arrumacos á cierta distancia; pero besar, no la besa nunca. Un poco más allá de esta casa de recuerdos, en un sitio escondido y sombrío donde abundan la hiedra y las flores, se ve una linda efigie de María con su Niño en brazos, apoyada en airoso pedestal que ostenta las primeras palabras del tierno himno de San Bernardo: *Ave maris stella*. Una sencilla reja y tres ó cuatro escalones la separan del camino, y no es raro encontrar arrodilladas á sus pies á gentes que se detienen á saludarla. Tiene el dulcísimo rostro mirando al mar, y los pescadores, al

pasar descubren la tostada frente. ¡Cuántos fervientes votos ha recogido, cuántas palpitaciones de angustia, cuánta plegaria!

Con media hora de camino estamos en Socoa. ¡Socoa! ¡Nombre mejor puesto! Es un rincón, pero rincón delicioso para quien ama la soledad y la poesía. Junto á un puentecillo, un bonito grupo de casas, algunas de las cuales se reflejan en transparente riachuelo, presenta pintoresco aspecto. Cuando yo pasé por allí hace días, de una de ellas salían, custodiadas por despierto chicuelo, cuatro ó cinco vacas bretonas de esas que parece que Dios se ha complacido en pintar para alegría de las praderas y los campos. El sonido de las campanillas que les colgaban del cuello me pareció en aquel silencio la mejor de las músicas. Bebieron en el claro río donde se reflejaron un momento como en un espejo, y el niño que las guiaba, cantando una sencilla canción bascongada de esas que solo en el campo se saben, las dirigió de nuevo al establo. También oí otra música que tenía su encanto; graznidos de patos domésticos, algunos de ellos de vivos y primorosos colores, que se paseaban en bandada de aquí para allá muy ufanos y satisfechos; aunque al fin la emprendieron con ellos unos chiquillos que andaban por allí medio en camisa, y á pedradas (¡oh inocentes, juegos de la primera edad!) les hicieron desbandarse y buscar puerto seguro en un maizal. Más allá, solitarias, no sé si del todo abandonadas, yacían sobre el limpio cristal de las aguas dos airosas *traineras*? mudas y tristes en un sitio que la soledad misma hubiera encontrado solitario. Allí estaban las dos como dos hermanas á quienes la común desgracia hubiera hecho inseparables, besando con la ondulante quilla las saladas ondas donde tal vez en sus años mejores, impelidas por ardiente juventud, conquistaron palmas vencedoras. No sé cómo se llama este río que si se compara con el Amazonas queda muy bajo en caudal y bríos, pero en placidez y felicidad le supera con mucho. Creo que se llama *Unxin*. Dios lo bendiga. El paisaje por esta parte es de una melancolía incomparable; todo allí respira tranquilidad; de aquellas casas esparcidas por la riente campiña salen á todas horas cantos de alegría. ¿Salen así de las casas de los grandes?...

Se tarda muy poco en llegar al puerto, pasando antes por junto á una porción de casas en su mayoría habitadas por familias de pescadores, y á pesar de eso bastante limpias y algunas hasta coquetas. ¡Como que tienen delante, á manera de palio de verdura, dos plátanos entrelazados cuya sombra no despreciaría un rey si por allí acertara á

pasar! Las mujeres del barrio, que esperan al pescado, cosen y hablan y riñen, para que haya de todo un poco. Sus niñas, unas rapazuelas que llevan las rubias trenzas colgando á la espalda á la manera de las antiguas bascongadas, cuidan de sus hermanitos ó sentadas junto á unas mesitas rústicas, ofrecen por una friolera al ocioso veraniego las conchas y caracoles del vecino arenal, mientras los chicos no dejan lancha ni remo en paz, de los del puerto. Medio asomadas á la ventana, las alegres mozuelas hacen calceta tarareando una canción amorosa. Jóvenes y viejos salieron al mar, sepultura de muchos de ellos, triste sepultura del marinero á la que no hace sombra una cruz ni la perfuman las flores...

Por un puente provisionalmente construido para las grandes obras de defensa, atravesando el tranquilo puerto, se llega al fuerte de Socoa, que consiste principalemnte en una esbelta torre circular defendida por doble cinta de murallas. Hoy está del todo abandonado, y si no fuera por alguna que otra ave marina que allí guarda su tesoro, no lo habitarían más que las verdes y flexibles y tímidas lagartijas, que tienen sus escondrijos en los agujeros del muro, sin que se oigan en aquel silencioso recinto más pasos que los de algún curioso que se entra por allí como Pedro por su casa. A tanta tristeza y soledad ha venido á parar el fuerte de Socoa. Se ha cansado del estruendo de armas y otras niñerías, y dice con el escudo de Ubillos: *Más vale paz*. Con la vejez se hacen bonachones hasta los castillos.

Estaba algo cansado, por lo cual me senté sobre el terraplén que defiende uno de los lados de la muralla, á contemplar el magnífico espectáculo del sol que se pone, tiñendo de púrpura las ligeras nubes que se extienden como líneas de fuego por el horizonte. Ese último momento del día, esa solemne despedida del astro que nos alumbra tiene algo de sublime; algo que no se puede expresar con palabras. Al presenciarlo se siente uno propenso a la oración, a la meditación, ráfagas de melancólicos pensamientos cruzan por nuestro cerebro; se experimenta una impresión de placer y tristeza juntamente, como cuando hablamos por última vez con una persona querida que nos va á decir adiós, pero no para mucho tiempo. Y si á este espectáculo, siempre conmovedor, se le añade el rumor de las olas, siempre bulliosas como niños, que se acarician, se sobreponen, se encuentran, se combaten, contrastando su blancura inmaculada con el oscuro azul del mar y del cielo; la vista de lejanas montañas violadas en las que

se distingue, á despecho de la distancia, alguna piadosa ermita; risueños pueblecitos que casi bañan sus casas blanquizcas en las espumas, semejando apretada nube de gaviotas próxima á posarse en el mar; el áspero y cadencioso rechinar del remo que bate las ondas; los suspiros de la brisa; una estrella que aparece temblando en el firmamento; y allá lejos, en algún vallecito olvidado de los hombres, el toque misterioso del *Angelus*; ¿qué falta á este cuadro para que al contemplarlo humille el hombre la frente y bendiga á Dios?

Y ahora atravesemos por un momento la frontera, donde nos saludará militarmente un carabinero de rostro moreno y grave, y después de charlar un poco, *por caridad*, con aquel solitario que habita en las alturas, bajemos haciendo eses, pero eses de buen género, al pintoresco, al tranquilo, al clásico Vera, donde se celebran las fiestas anuales de San Esteban, reforzadas esta vez con las euskaras que costea el sabio y entusiasta bascófilo M. d'Abbadie, á quien Dios premie su acendrado amor á nuestro suelo. ¡Qué caras tan alegres y simpáticas nos saludaban con su habitual sonrisa! ¡Cómo se asoman precipitadamente hombres y mujeres á ver pasar nuestro landó, un landó que viene de Francia á prenciar sus fiestas! Las muchachas están mejor vestidas que de costumbre. Los hombres rien y fuman á la puerta de las bulliciosas tabernas. Todo respira bienestar. Desde el primer momento se nos hace simpático el pueblecillo nabarro. Nos detenemos á mirar á quienes nos miran, y como se siente una algarabía de mil diablos del lado de la plaza nos dirigimos á ella. Es que va á dar principio el anunciado concurso de tamborileros. La Casa de la Villa está vistosamente engalanada. En su balcón principal se encuentra el Ayuntamiento, y los demás también están bien aprovechados. La casa es espaciosa, con sus hermosos arcos en los que se juega de lo lindo á la pelota. En el centro de la fachada principal está escrito con letras de oro, y no sé por qué no de diamantes: *Plaza de los Fueros*. ¡Bien por Vera! Los sentimientos verdaderamente patrióticos suelen refugiarse, como la honradez y otras cosas que por ser buenas escasean, en los pueblecillos, en esos pueblos pacíficos y humildes donde antes de trabajar se reza, y despues también. Un poco más arriba da vueltas y más vueltas un *tiovivo* que hace las delicias de la juventud. Pero ya suena un cohete, y va á empezar el certamen. Sube á una pequeña plataforma situada junto á la escalera de la iglesia el primero de los tamborileros, un joven imberbe que toca entre otras cosas el *Iru dama*-

cho y la marcha de San Ignacio. El auditorio le escucha con la boca abierta: en lo que se echa de ver la tradicional afición de este país á la música. Luego se presenta otro, y otro, hasta cinco. Todos se lucen. Terminado el concurso, salen de la Casa Consistorial quince ó veinte niños al compás de una música mitad guerrera y mitad pastoril música que provoca á ese *irrintzi* que aún no se sabe si es alegría ó es cólera.... Los chicos están primorosa y clásicamente vestidos de blanco y rojo: nieve y grana. Pónense en corro y bailan con notable perfección el *zinta-dantza*. Al ver que se mueven con tanta compostura como agilidad se nos viene á la memoria que un personaje español que vino á las Provincias bascongadas llamó *sencillos pasatiempos* á sus bailes, queriendo decir con esto que á la par que lucidísimos eran muy inocentes. Luego bailan el *makil-dantza* y *jorrai-dantza* con el mismo aplomo. Dejémosles lucirse y tener embobados á los curiosos, y vamos á otra cosa.

La tarde que estuve en Vera sentía grandísimo deseo de ver, aunque solo fuera en ruinas, el antiguo convento de Capuchinos, que por lo que me decía un mapa de esta región, debía de encontrarse fuera del pueblo. Con esta idea, me separé del bullicio y tomé por la primera callejuela que se me puso delante. En una plazoleta vi á una mujer de buen aspecto sentada en el umbral de una puerta, y le pregunté en bascuense: «¿sabrá usted decirme lo que ha sido del antiguo convento de Capuchinos, y dónde se encuentra?» La *echekeo-andre* movió negativamente la cabeza, arrugando la frente como quien trabaja por traer á la memoria cosas que no se han oído más que á medias, y me dijo en el tonillo característico de su pueblo: «en el estanco de enfrente le darán á usted razón». Echo á andar hácia él pensando en lo que tendrá que ver el tabaco con la historia del convento que ya desconfío de ver. Efectivamente, en el estanco se encuentra asomado al mostrador un hombre como de setenta años que me saluda con el «bienvenido sea usted, caballero», me invita á sentarme con mucha amabilidad, y no me da más que tristes noticias del convento que yo busco con el ansia que se busca un tesoro escondido. Y ¿qué tiene ese convento de particular, me dirá usted, para que no se resigne á volver á San Juan de Luz sin pasarse por sus claustros, hace tiempo mudos y solitarios? ¡Ay, amigo! Encierra en su soledad, ó encerraría si el tiempo no fuera una piqueta que nada deja en pié, recuerdos de una historia sencilla y edificante, una sangrienta página de aquella execrable

Revolución que convirtió la Francia en un lago de sangre. Voy á referírsela.

Magdalena Larralde se llamaba una joven de quince años, nacida en la humilde casa de *Larrondo-Zaar*, en Sara, piadosa, inocente, y de una fe inquebrantable como esas rocas amarillentas y empinadas en que se estrella la mar. Presenció la pobre niña con la palidez del terror en el semblante la desolación de su pueblo, Sara, bárbaramente castigado por el decreto de los representantes Pinet y Cavaignac; vió a los sacerdotes perseguidos ganar la frontera de España en medio de las lágrimas de los fieles, y á favor de la oscuridad de la noche volverse á presentar á ellos disfrazados de diferentes maneras para administrarles recatadamente los sacramentos; vió á los ejércitos de la República incendiar las tranquilas viviendas, talar los campos; pero en medio de tanto dolor, su alma cristiana se levantó á Dios en quien tenía puesta su confianza. No pudiendo satisfacer en su país los deseos de su juventud, solía recibir los sacramentos en el convento de Capuchinos de Vera, más allá de la frontera española. Un día, desechando todo temor humano, marchó como otras veces á aquel lugar de predilección para ella. Ardía entonces la guerra entre Francia y España. Pinet, joven, en su ímpetu, avanzó hasta aquel punto, penetrando en el convento en que se hallaba á la sazón la niña de Sara. Sus soldados la prenden, y sin tardanza la conducen á su jefe, quien viéndola tan joven, la dijo con dulzura:

—¿A qué has venido á España?

—A confesarme, respondió con ingenuidad la piadosa joven.

—No digas, infeliz, que ha sido este el motivo de tu viaje, le contesta compadecido el general: sería sentenciarte á morir. Di más bien que asustada por la marcha del ejército francés, has huído á territorio español.

—Pero eso no sería decir verdad, replicó la valerosa cristiana, y yo prefiero arrostrar mil muertes á ofender á Dios profiriendo una mentira.

Pinet, queriéndola salvar, insiste; pero en vano. Renunciando á vencer la firmeza de Magdalena, la declara *emigrada*. Informado de lo sucedido Pinet, mayor, residente en San Sebastián, decreta que la detenida se presente ante el tribunal militar de Chauvin-Dragon (San Juan de Luz). Magdalena, que en el corto viaje á este punto, tuvo mucho que padecer de la crueldad de los soldados que la conducían,

comparece ante sus jueces serena y constante, y se niega una vez más á salvar su vida á costa de una mentira.

Fué condenada á muerte. Marchó al suplicio cantando el Salve Regina, y entre los aplausos y lágrimas de la multitud dejó de existir aquel ángel de la tierra, volando su alma á recibir en el cielo la corona de los mártires.

La tradición cuenta que el verdugo tomó la cabeza de la víctima, y levantándola en alto gritó: ¡Viva la Nación! La misma tradición nos dice que Magdalena tuvo el dolor de ver desde la guillotina, que cierto pariente suyo pasado á los revolucionarios, la insultaba despiadadamente.

Así morían los mártires de los primeros tiempos del cristianismo.

Ahora comprenderá usted por qué buscaba en Vera el antiguo convento de Capuchinos, y la pena que sentí cuando tuve que desistir de mi propósito.

Sin más por esta vez, queda siempre supo afino. amigo y S. S. Q. B. S. M.,

VICENTE DE MONZÓN Y LARDIZABAL.

AITA ZUURRA ETA IRUR SEMEAK¹

AIREA: Lo-lo ene maitea...

Aita batek zituen irur seme bein,
Ek tipian zireno bazuen atsegin;
Gero eman diote ainbertze biotz-min,
Zituen on guzien jabe naiz egin.

Semeak mintzo ziren irurak bildurik:
Aita zaartuz geroz ez da zentzu onik;
Landak eta mozkinak guretzat utzirik,
Obe duzu bakean gogarat egonik.

(1) Irurgarren Garait-sariya Espelette-n.